

CAMILO AYER Y HOY

Javier Giraldo, S. J. (compilador)



CAMILO AYER Y HOY

AMOMV
Archivo Oral de Memoria de las Víctimas

Universidad
Industrial de
Santander



CAMILO

AYER Y HOY

Javier Giraldo, S. J. (compilador)

Universidad Industrial de Santander
Archivo Oral de Memoria de las Víctimas
(Amovi-UIS)
Bucaramanga, 2023



CAMILO AYER Y HOY

Compilación y textos:

Javier Giraldo, S. J. Director del Banco de Datos del Cinep

© Archivo Oral de Memoria de las Víctimas (Amovi-UIS),
Universidad Industrial de Santander
Reservados todos los derechos

Rector: Hernán Porras Díaz

Fotografías: Archivo Oral de Memoria de las Víctimas (Amovi-UIS)

Primera edición, febrero de 2023

ISBN: 978-628-7549-14-2

Diseño, diagramación e impresión:
División de Publicaciones UIS
Carrera 27 calle 9, ciudad universitaria
Bucaramanga, Colombia
Tel.: 6344000, ext. 2196
publicaciones@uis.edu.co

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra, por cualquier medio, sin autorización escrita de la UIS.
Impreso en Colombia

CONTENIDO

CAMILO AYER Y HOY	7
CAMILO TORRES EN SOCORRO, SANTANDER, 1965	11
CAMILO EN SU DISCERNIMIENTO CRUCIAL	21
CAMILO TORRES EN SANTANDER, 1965	29
CAMILO TORRES, SACERDOCIO Y VIOLENCIA	35
El dilema de Camilo	36
¿Ruptura con la Iglesia?	37
Camilo, ¿el cura del fusil?	39
Entre dos violencias	39
Los menesteres de la violencia	40
El cristianismo y el proceso revolucionario	41
¿Dónde está la lógica?	43
Moscú versus Pekín	44
¿Y si hubiera ganado?	45
EL LUGAR DONDE CAYÓ CAMILO: PATIO CEMENTO, 15 DE FEBRERO DE 1966	47
LLEGADA DE CAMILO TORRES AL SOCORRO, 1965	49

CAMILO AYER Y HOY

Pasan las décadas, y la memoria de Camilo, en lugar de esfumarse, se refuerza. Se van despidiendo quienes vivieron muy cerca de él, pero los testimonios de su impacto siguen teniendo una energía y una profundidad que continúan haciendo de su vida, de su pensamiento y de su compromiso algo que arrastra e interpela.

En este 56.º aniversario de su muerte, queremos volver a resaltar los testimonios de dos sacerdotes amigos suyos, que lo conocieron en su intimidad y que muy poco tiempo después de su muerte expresaron públicamente el impacto que había producido en sus vidas y en los círculos religiosos e intelectuales de ese agitado período de nuestra historia latinoamericana, el testimonio —de vida y muerte— de Camilo.

Uno de ellos, el padre Ireneo Rosier, carmelita descalzo de nacionalidad neerlandesa, psicólogo y sociólogo, quien coincidió con él en la docencia universitaria en Bogotá (universidades de Los Andes y Nacional) y le sirvió de confidente y consejero en el momento, quizás, más difícil vivido por Camilo, dentro del período más agitado de la última etapa —o clímax— de su vida.

El otro, el jesuita uruguayo Juan Luis Segundo, uno de los más profundos teólogos de la liberación, quien compartió con él períodos de estudio en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, y luego se encontraron en diversos momentos en Montevideo y en Bogotá, y en esta última ciudad, justamente en momentos cruciales en que Camilo debatía, en sus círculos de amigos y seguidores más cercanos, reunidos en la casa de su familia, lo que debía hacer frente a los desafíos que su intensa actividad política y religiosa le estaba planteando.

A través de las crónicas reflexionadas de ambos clérigos, vuelve a plantearse, con altura, lo que la vida de Camilo les planteó dramáticamente a Colombia y al mundo, a la Iglesia y a la sociedad, a los creyentes y a los no creyentes, a los pensantes y a los indiferentes.

Veinte siglos después de que el mensaje de Jesús de Nazaret hubiera pasado por modelajes institucionales rígidos y contradictorios, cuando ese mensaje interpela la conciencia de Camilo, caracterizada por una transparencia y una espontaneidad nada comunes, ni en los ámbitos eclesiales ni en los académicos, afloran cuestionamientos y retos que siempre se había querido soslayar. Camilo percibe que el pueblo, siempre marginado, ya no quiere escuchar más señuelos que siempre terminan en frustraciones y engaños, ni quiere confiar ya más en líderes que solo predicán amores contaminados de egoísmos. El padre Rosier, a contracorriente de cualquier consejero espiritual atado a primacías institucionales, le da seguridad a Camilo para atender el clamor del pueblo que está tocando la conciencia más íntima de Camilo, a costa, incluso, de un sacrificio como el de Jesús.

Al padre Juan Luis Segundo, espectador ocasional de un discernimiento crucial político-religioso, en casa de Camilo, le quedó difícil entender ciertas dimensiones del liderazgo de Camilo que allí se debatían. Su prudencia lo llevó a callarse, atribuyendo sus reacciones espontáneas al hecho de venir de un país de cultura laica, como Uruguay, pero esos mismos contrastes le inspiraron, después de la muerte de Camilo, profundas reflexiones sobre las complicadas encrucijadas entre la fe cristiana y las violencias. Juan Luis Segundo enfatiza el carácter laico de una revolución, pero al mismo tiempo desnuda la imposibilidad de una opción por la no violencia, pues cuando esta parece afirmarse, solo logra disfrazar y encubrir la opción por otras múltiples violencias sobre las que se hacen todos los esfuerzos para que no aparezcan, aunque exijan y reclamen las contribuciones y las aprobaciones más firmes, si bien, disimuladas y encubiertas. Juan Luis saca a la luz la lógica propia de una revolución violenta, sin esconder la crudeza y la crueldad que suelen estar implicadas allí, casi como requisito de eficacia. Eso lo lleva a desmitificar la versión que circuló al comienzo sobre la muerte de Camilo, de quien se dijo que avanzaba a rematar a un soldado herido,

pero este se le adelantó y lo mató a él primero, versión que no resultó cierta¹, pero que bien hubiera podido responder a la lógica propia de la guerra. Pero si la opción por una revolución lleva a asumir acciones tan cuestionables como esa, la opción por la no-revolución implica hacerse cargo en conciencia de infinidad de muertes y violencias implicadas en las estrategias represivas, incluso en las brutalidades policiales cotidianas, financiadas y sustentadas por los *no violentos* ficticios que tranquilizan sus conciencias sustentando a quienes gestionan el terror desde los diversos poderes. Esto no quiere decir que el cristianismo sea ajeno a los requerimientos de un proceso revolucionario.

Juan Luis desmitifica ante todo la versión de Camilo como «cura guerrillero». Recuerda que Camilo renunció a las funciones sacerdotales y asumió la revolución violenta como laico cristiano, como muchos miles lo han hecho (ejemplo: los cristianos cubanos). Tampoco rompió con la Iglesia ni fundó otra. Tampoco escogió la violencia como alternativa a la paz, pues la paz en Colombia no existía, sino que estaba hundida en la violencia más atroz. Tampoco ignoraba que la violencia revolucionaria implica en ciertas circunstancias menesteres «sucios», si bien la responsabilidad última de ellos cae sobre aquellos que hacen necesaria esa violencia. Tampoco ignoraba que la violencia que se opone a un «orden falso» o «legal» no es propiamente violencia, sino una forma de defensa, e incluso «defensa del indefenso».

Pero para Juan Luis Segundo el caso Camilo tampoco oculta el hecho de que alguien que vivió intensamente su sacerdocio, así renunciara a sus funciones temporalmente, vivió con mayor profundidad de lo normal el pensamiento y la mentalidad que brotan del cristianismo. Citando un aporte del teólogo jesuita alemán Karl Rahner, en un encuentro entre cristianos y marxistas realizado en Salzburgo en 1965, las tres grandes proyecciones de un compromiso cristiano frente al mundo y la historia serían no sacrificar la generación actual a la siguiente para poder realizar sus proyectos de futuro, aunque sean legítimos; aceptar que, aunque un ser humano no sea capaz de contribuir sensiblemente

¹ Según el testimonio de un soldado presente en esa emboscada, Camilo avanzaba hacia el lugar donde estaban tendidos algunos militares muertos y heridos, pero no iba en actitud bélica, sino, al parecer, a administrar los últimos sacramentos a los moribundos, pues no llevaba el arma empuñada, e iba mirando al cielo en actitud orante.

a un porvenir mejor, sin embargo, conserva su dignidad y su calidad intangible, y reconocerle suprema seriedad al trabajo por un porvenir terrenal mejor, pues allí se vive el mandamiento del amor a Dios y al prójimo, y la relación positiva de humano a humano es propiamente «la salvación del ser humano». Camilo, según Juan Luis Segundo, vivió estas tres exigencias a fondo.

Estos dos amigos íntimos de Camilo comprendieron que, en el clímax de sus encrucijadas, él estaba reconfigurando las relaciones entre el cristianismo y los desafíos de la humanidad frente a la construcción de un mundo más habitable. No es casual lo referido por el padre Rosier, quien presenció una conversación entre Camilo y un obispo que cumplía un papel directivo en el Concilio Vaticano II y, al escuchar los planteamientos de Camilo sobre lo que estaba viviendo y proyectando en su vida, le dijo que sus posiciones tendrían en ese momento aceptación de las tres cuartas partes de los obispos reunidos en el concilio. Otra cosa pensaban los obispos colombianos, arraigados en posiciones conservadoras y comprometidas con el *statu quo*. Por ello, en la medida en que el pensamiento cristiano avanza, Camilo sigue siendo inspirador.

Javier Giraldo Moreno, S. J.

CAMILO TORRES EN SOCORRO, SANTANDER, 1965

Fotografías: Archivo Oral de Memoria de las Víctimas (Amovi-UIS),
Subfondo Archivo Fotográfico Bolívar Arellano

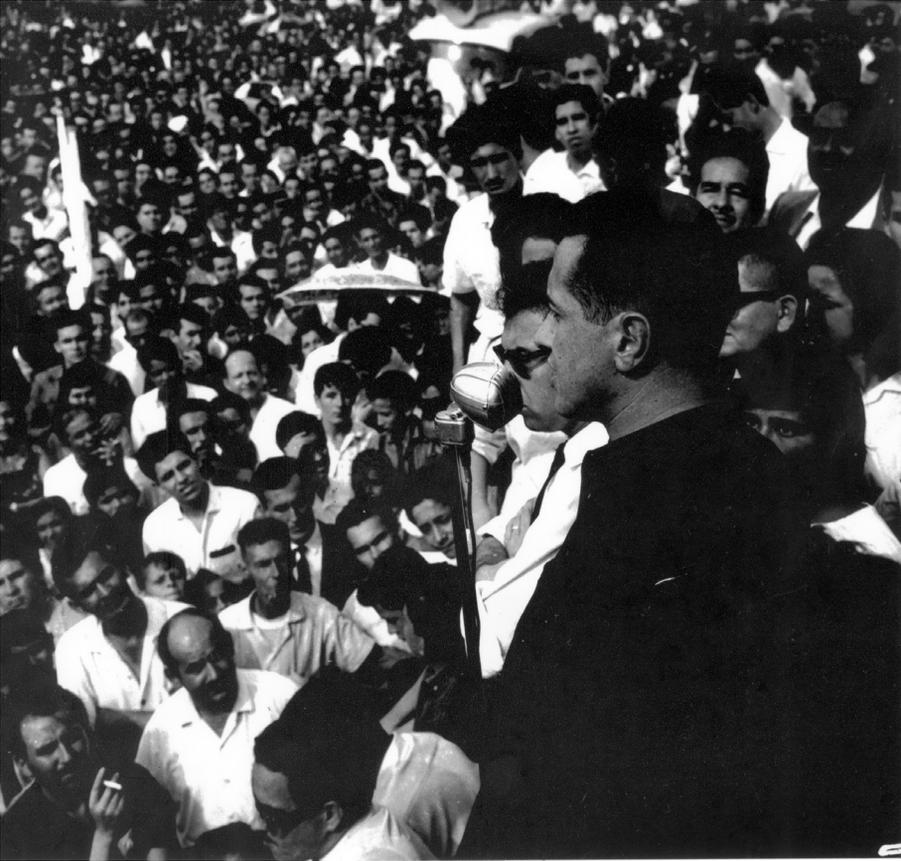


















CAMILO EN SU DISCERNIMIENTO CRUCIAL

En una tarde de diciembre de 1964, Camilo se reunió con un sacerdote amigo, el padre Ireneo Rosier, O.C-D, de la orden de los Carmelitas Descalzos, de nacionalidad neerlandesa y profesor de psicología social en las universidades de Los Andes y Nacional, en el exclusivo restaurante Los Arrayanes, en Bogotá, para manifestarle los problemas de conciencia que lo agobiaban en el momento y solicitar su consejo. Después de su muerte, el padre Rosier reconstruyó esa conversación crucial entre Camilo y él; texto publicado en forma anónima en la revista uruguaya *Víspera*, en su número de mayo de 1967, y en la revista *Mundo Nuevo*, coordinada entre Argentina y París, en su número 28, de octubre de 1968, con la identidad del autor. Aquí se presenta un extracto del extenso artículo, especialmente de lo referido a la consulta crucial que Camilo le hizo a su amigo sacerdote Ireneo Rosier en el momento de su gran encrucijada.

Extracto editado por Javier Giraldo, S. J.

«Más o menos un año antes de su muerte, y pocos meses antes de la presentación de su plataforma, Camilo Torres me invitó a comer con él para discutir un problema importante y urgente. Éramos amigos, y desde el momento en que nos conocimos nos identificamos por nuestra actitud similar de vida. Éramos absorbidos por los mismos problemas humanos; ambos estábamos implicados en la misma desorientación ideológica del mundo moderno y en su hambre espiritual, particularmente de la generación joven. Los dos estábamos convencidos de que solo se podía contestar a esta hambre espiritual con una inspiración positiva de la existencia, una inspiración en que la vivencia de los valores originarios de la creación y del cristianismo fueran un encuentro con Dios y con Cristo. En último análisis, bajo muchos aspectos, vivimos nuestro sacerdocio de la misma manera.

(...)

Nos encontrábamos regularmente, durante largos periodos, casi todos los días. La fuerza de nuestra amistad no se cimentó en conversaciones profundas. Si dos personas se conocen y se comprenden bien, el lenguaje de «tomarse del pelo» muchas veces es más expresivo y más brillante que la profundidad rebuscada.

Lo que significó para Camilo se evidenció una noche en el restaurante Los Arrayanes. Me había invitado allí para discutir un problema importante. No tenía la mínima idea de qué se trataría. En una pieza separada donde se podía hablar sin ser interrumpidos, Camilo comenzó la conversación, que se puede resumir, más o menos, de la siguiente manera: «Quisiera conocer tu opinión sobre un asunto serio, sobre un conflicto de mi conciencia. Siendo tú uno de mis mejores amigos, me conoces, y además eres el único sacerdote con quien puedo hablar de esto y cuya opinión tiene autoridad para mí». Me sorprendí de esta introducción, pues a Camilo no le faltaban sacerdotes inteligentes entre sus amigos. Por lo demás, nuestra amistad siempre había sido evidente y sin afirmaciones explícitas. Yo creía estar al corriente de sus problemas de vida. «Supongo que estás de acuerdo conmigo en que Colombia necesita otros cuadros y estructuras sociales y económicas para que la gente pueda emanciparse eficazmente. El inconformismo con las situaciones vigentes es general. Sin embargo, este inconformismo de la gente humilde apenas puede expresarse en el Congreso. Ahora, existen alrededor de ocho mil grupos de presión difundidos en todo el país. No tienen voz en el Gobierno a causa de nuestro sistema bipartidista. Pero al menos en la vida diaria hacen oír su voz de protesta contra situaciones existentes. En el curso de los años me he vuelto la persona de confianza de las diversas agrupaciones inconformistas. Conozco a sus líderes. Para reunir las fuerzas revolucionarias han apelado a mí. Creo estar obligado a corresponder a esta insistencia. La mayoría de nuestro pueblo no tiene a nadie para defender en conjunto sus derechos. La pulverización del inconformismo no conduce a nada. No tengo ambiciones políticas personales. Pero no entiendo cómo puedo dirigir la revolución que está para realizarse sin lanzarme a la política. Los que insisten en que yo tome el liderazgo no se contentan con mis sugerencias o consejos. Quieren que me ubique a la cabeza. Esto implica que ponga en juego el ejercicio de mi sacerdocio.

No es probable que la jerarquía eclesiástica en nuestro país permita que me encargue de la dirección de una revolución. No creo poder hablar con las autoridades realísticamente y sin prejuicios. Sería demasiado esperar de ellos que se comprometan con la apelación que el pueblo me hace por medio de sus líderes. Si tomo una decisión, quizá tendré que llevar personalmente toda la responsabilidad y las consecuencias de un paso como este. Pido tu opinión, que para mí es de gran importancia. Conoces no solo a Colombia, sino también al resto de Latinoamérica, y además eres completamente independiente en asuntos políticos. Estás en medio de la problemática del país y de mí mismo y al mismo tiempo estás a distancia. Me parece que no puedo tomar una decisión tan seria, sea negativa, sea afirmativa, con respecto a la apelación que se me hace, sin conocer tu opinión, pues eres capaz de juzgar objetivamente con tu ciencia y, por otra parte, desde el punto de vista de la moral. Para mí lo más importante de mi sacerdocio es la eucaristía, es decir, la intimidad con Cristo, la unión sacramental con Él; esta unión sacramental con Él es la cumbre del cristianismo; pero es una afrenta a Cristo mismo si la eucaristía no es la cumbre de preocupación, respeto y amor humano. ¿Corresponden los contrastes sociales en nuestro país a una preocupación cristiana verdadera? Me parece que no. ¿Qué tengo que hacer como sacerdote?, ¿limitarme a sermones, que se ponen a un lado con la acusación de que soy un cura desequilibrado y filocomunista, en la medida en que critico situaciones existentes más agudamente?».

Camilo estaba sentado frente a mí con una serenidad auténtica, sin la mínima expresión de odio revolucionario desequilibrado. Sentí el peso de la apelación que me hizo. No tenía autoridad jurídica sobre él. No me pidió solo mi opinión sobre su responsabilidad si contestaba afirmativamente a la insistencia que se le hizo, sino también sobre la actitud que podría o debería tomar en el caso de que un conflicto con las autoridades fuera inevitable, un conflicto que, de hecho, era más que probable.

Mi opinión la expresé más o menos de la manera siguiente: «Si apelan a ti, no rehúses; tus intenciones son claras. El bien por el cual quieres esforzarte es de suma importancia; además, tu situación es muy particular. Si te aseguran que eres el único que puede reunir las

fuerzas inconformistas dispersas, esto puede significar para ti una vocación inalienable. Hay una jerarquía de valores; no siempre es posible evitar un conflicto con las autoridades. Incluso me parece que esforzándote por el cristianismo y por el pueblo de tu país, como una reacción positiva a la apelación que se te hace, pones en juego tu vida. No hay amor más grande que el de los que saben dar su vida por sus amigos, en este caso, tus compatriotas. Quieres saber mi opinión; es difícil ser infalible; no lo eres tú, y yo tampoco. Lo más importante es que actúes por amor a Cristo en tu propio sacerdocio y por Cristo en tu pueblo. Paradójicamente, puede ser que tu amor a Cristo sea la causa de que se te prohíba ejercer tu sacerdocio. Eventualmente, tendrás que saber hacer este sacrificio contradictorio (más tarde me di cuenta de que Camilo utilizaba esta frase como una especie de lema en las dedicatorias de libros que regaló a otros). Hubo príncipes que querían hacerse sacerdotes, pero no podían realizarlo porque no podían abdicar del trono, no por vanidad o ambición personal, sino sencillamente porque las situaciones exigían que abdicaran de su ideal personal. No sé cuáles planes concretos tendrás que hacer; no me parece una tarea fácil. Puede ser que cometerás equivocaciones. El futuro en el cual te zambulles, inevitablemente, estará lleno de riesgos e incertidumbres. Es útil tener en mente que uno de los principios de nuestra moral es que cada uno tiene que seguir su convicción sincera, incluso si objetivamente se yerra. La sinceridad implica una abertura a la verdad y a las correcciones. Difícilmente se puede tener una “convicción” en todos los asuntos. Ordinariamente tenemos que limitarnos a una “opinión” sincera y fundada, y pienso que para esta vale lo mismo que para una convicción sincera. Dios no exige de nosotros que actuemos como infalibilidades encarnadas. Los motivos por los que quieres actuar, según mi parecer, se justifican completamente. ¿Cuál será el desarrollo de las cosas?, no lo sé; también a Cristo lo mataron personas entre quienes había varias con buenas intenciones. Tienes que darte cuenta de que ahora la gente humilde de Colombia te da mucha importancia, no solo a causa de tus cualidades personales, sino también porque eres sacerdote; sin embargo, si un conflicto con las autoridades es inevitable, entonces puede ser que te abandonen impotente. También este fue el caso del pueblo con respecto a Cristo; una semana antes de exigir su crucifixión, gritando, lo recibieron triunfalmente. Hablando

así, no quiero procurarte una inflación psíquica, pero es conveniente que sepas dónde estás. Además, puede ser que haya elementos puramente humanos con los cuales puedes engañarte a ti mismo. Entre los dos no es necesario esconder algo. Eres tan vital y tan viril, que puede ser que inconscientemente busques un motivo impresionante para eximirte de los deberes del celibato. Si los motivos sentimentales, personales y existenciales juegan un papel, en ese caso, no utilices una revolución para después justificarte en la satisfacción de necesidades personales: no debes hacer una “vuelta a Colombia” para casarte».

Camilo contestó: «Desde luego, tengo mis necesidades afectivas; tuve una novia, y hay quienes me quieren mucho. Podría ser feliz con una mujer. He abdicado de esto para hacerme sacerdote, y no es por eso por lo que quiero esforzarme por mi pueblo».

Este hombre en la fuerza de su vida, admirado por muchísima gente y por algunos comparado con los grandes héroes de Latinoamérica por su completa integridad personal, estaba conmovido, y me abrazó antes de irnos a comer.

(...)

Yo conocía la manera de pensar de Camilo, pero no había leído su plataforma. Me impresioné por el cambio abrupto de la prensa, de entusiasmo en un comienzo a ataques apasionados. Presencí la forma como Camilo rompió con el ambiente del cual provenía y como este rompió con él. Jamás lo oí hablar en público. ¿Diferiría allá totalmente de la manera como yo lo conocía? ¿A qué se referían las acusaciones de heterodoxia y de filocomunismo? La atmósfera estaba pesadamente cargada. Parecía inevitable que Camilo tuviera que abdicar del ejercicio de su sacerdocio. Esto se hizo cada vez más evidente para él, pero psíquicamente era sacerdote en lo más profundo de su ser. ¿Habría encontrado más comprensión si hubiera informado a sus superiores de sus ideas antes de comenzar sus actividades? Sea lo que sea, se encontró rodeado por una hostilidad amarga de parte de los ambientes altos.

Insistí en esos días en que aceptara la posibilidad que se le había ofrecido de defender su tesis doctoral en Lovaina, mientras se solucionaban los malentendidos. Allá cambiaría su tema original y defendería matizadamente sus planes revolucionarios. Esto me pareció la única solución para recuperar el prestigio que había perdido en los círculos dirigentes y dejar sin peso las mistificaciones. Además, posiblemente, las pasiones desencadenadas se calmarían mientras tanto.

¿Cómo podría luchar por una nueva estructura de su país sin la colaboración de todos sus compatriotas de buena voluntad? Tanto por estas razones como por su sacerdocio, en un momento, Camilo pareció dispuesto a seguir mi consejo. Contra su observación de que el pueblo y sus líderes lo considerarían como una huida, argumenté que podría explicarles que tal interrupción estaba en función de los propios intereses de ellos. Podría pedirles un voto de confianza, y aun podría ser mandado por ellos mismos para que la revolución se realizara de una manera más madura y con la mayor autoridad posible. Con esta formulación, la solución le parecía aceptable.

El pueblo y los universitarios estaban detrás de él. Esto último se evidenció claramente en la ovación exuberante que se le hizo en la ciudad universitaria, con ocasión de su salida para Lovaina —que no se realizó jamás—. Cedió a la insistencia de los líderes del pueblo que consideraban inconveniente una prórroga de la acción y superflua una justificación académica de los planes; se tenía que utilizar la marejada del entusiasmo popular. En estas condiciones no se permitía una interrupción.

(...)

El contenido de la plataforma me asustó por razones que pronto discutiría extensamente con Camilo. Pero antes de poder hacerlo, tuve la ocasión de presenciar un intercambio de ideas entre Camilo y un obispo que permaneció algunos días en Bogotá. Formaba parte de la comisión del concilio para la problemática del mundo moderno. La conversación se efectuó en francés. Camilo expuso sus ideas de una manera bastante completa, y se refirió también a la plataforma. Era la víspera de su encuentro con el cardenal, con quien esperaba llegar a

un mejor entendimiento. El obispo dominaba bastante la problemática expuesta por Camilo, y, sin pronunciarse sobre la pregunta de si los puntos concretos de la plataforma eran la forma única o más exacta para llegar a una reestructuración de un país, opinó que las ideas de Camilo no eran contrarias a la doctrina de la Iglesia. Pensaba que la reforma de países con contrastes sociales y económicos fuertes exigían procedimientos propios, en que el elemento revolucionario podría ser inevitable. Las ideas de Camilo no lo sorprendieron. Expresó su convicción de que las tres cuartas partes de los padres del concilio no tendrían argumentos de heterodoxia contra él; el resto era cuestión de tacto.

El cardenal puso a Camilo frente al dilema de terminar sus actividades o abdicar del ejercicio de su sacerdocio. Este fue uno de los momentos más difíciles para Camilo. Durante un breve tiempo vaciló. ¿Quién debía decirle lo que tendría que hacer? Aceptó una invitación para dictar unas conferencias en Lima, y definió el asunto en favor de la revolución.

¿Se consideró un héroe, o se puso sencillamente al servicio del futuro de su patria? Es cierto que la oposición aguda hizo más decidida la actitud de Camilo, pero jamás tuve la impresión de que sufría de inflación psíquica o de megalomanía. Volvió de Perú vestido de civil, y continuó sus giras por Colombia. Todavía el pueblo estaba detrás de él, pero los ataques de la prensa y de las autoridades se volvieron más amargos y también más violentos.

(...)

Poco tiempo antes de que Camilo fuera abandonado por casi todos los líderes no conformistas y llegara a un callejón sin salida, se confesó conmigo, me sirvió la Santa Misa y comulgó.

Una discusión objetiva sobre los planes de la revolución no se realizó sino en pequeños grupos de amigos. Sencillamente se le expulsó a la soledad. No la mayoría del pueblo, sino el poder de la minoría había ganado. Era muy humano que en tal situación actuara con menos equilibrio, como un desesperado que con su muerte quería sellar su

inconformismo y su amor a Colombia; sin embargo, este desequilibrio hipotético no me fue muy evidente. Más probable es que su muerte correspondía al enfoque de sus actividades.

Se le había quitado su buena fama, se le había privado del ejercicio de su sacerdocio, se le había empujado a un callejón sin salida y después se le mató. ¿En nombre de quién? La prensa escribió que él mismo quería y provocaba su muerte. No lo creo. ¿Quizá solo se hizo víctima de un juego fatal de malos entendimientos?

Personalmente, opino que murió por amor a Dios, a su patria, y que pagó con su vida su resistencia contra la injusticia, aunque su muerte ocurrió en desolación y en medio de «bandoleros», entre gente que no consideró sola o principalmente como criminales, sino en primer lugar como víctimas y descendientes de víctimas de pasiones políticas.

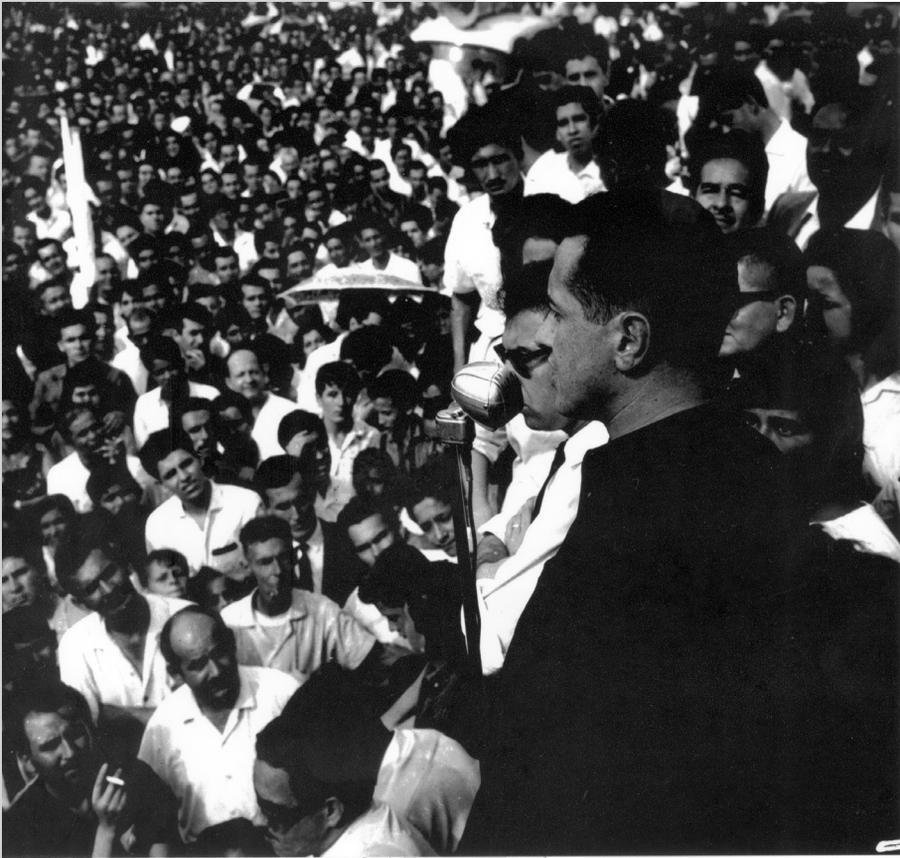
La última foto que llegó al pueblo fue la de su cuerpo exánime bajo la señal de la cruz. Esta imagen fue más elocuente que los gritos de las acusaciones».

CAMILO TORRES EN SANTANDER, 1965

Fotografías: Archivo Oral de Memoria de las Víctimas (Amovi-UIS),
Subfondo Archivo Bolívar Arellano. Autor no identificado











CAMILO TORRES, SACERDOCIO Y VIOLENCIA

Juan Luis Segundo S. J.

Cuando fui a Bogotá, a mediados del año pasado, Camilo se encontraba en plena polémica periodística y radical con el cardenal de Bogotá; polémica en que, como ocurre tan frecuentemente en este país, se mezclaban inextricablemente las acusaciones religiosas y las políticas. El cardenal acusó a Camilo de desviarse de las doctrinas sociales de la Iglesia, a pesar de que autoridades competentes en esta materia negaron que existiera tal desviación. En una conferencia de prensa, tenida después de la reducción de Camilo a la situación de laico, el cardenal respondió a un periodista que le preguntaba sobre su pensamiento con respecto a la revolución de Colombia: «¿Una revolución?, ¿para qué?». Y añadió que no comprendía la pregunta en un país que gozaba de un gobierno legalmente constituido, lo que tendería a mostrar que el pensamiento del cardenal sobre la doctrina social de la Iglesia era un poco sumario y particular. De todos modos, Camilo contestaba, asimismo, mezclando a puntos de la doctrina cristiana sobre la justicia acusaciones al cardenal de ceder a presiones políticas que trataban de anular su acción revolucionaria.

Mi primera reacción frente a ese panorama pecó ciertamente de «uruguayismo». No en vano hemos vivido cincuenta años de laicismo institucional. Confieso que, mientras me dirigía a la casa de Camilo, pensaba decirle: «¿Qué gana la revolución en Colombia con esas polémicas eclesásticas? La revolución, si se hace, se hará en el terreno político».

Por supuesto que el cristianismo no es una receta de culto, ni está, por lo tanto, indiferente frente a la violencia, a la injusticia o a la alienación del hombre. El mensaje cristiano es un potente llamado al hombre para oponerse a todo lo que en la sociedad niega, explota o enajena al ser humano. Pero no tiene ningún sistema especial para hacer esos cambios necesarios, sino que envía al cristiano al mundo para que busque con los demás, entre los proyectos existentes o posibles, el que más eficaz le parezca para ese fin. Y en la búsqueda de estos medios concretos, el Concilio Vaticano II pide a los cristianos laicos «que no piensen que sus pastores tienen una competencia tal que puedan proporcionarles una solución concreta e inmediata a cualquier problema, aun grave, que se les presente». Es cierto que el concilio no lo había declarado todavía, pero ni Camilo ni yo teníamos ninguna duda de que esa fuera la actitud correcta. Si Camilo, por su enseñanza en la Universidad, por su influencia en los medios obreros y universitarios, podía orientar la revolución colombiana, que lo hiciera con base en sus ideas políticas.

El dilema de Camilo

Pero cuando llegué a casa de Camilo, y cuando luego nos reunimos en casa de un amigo común, relacionado con la curia de Bogotá, fui comprendiendo que mi planteo era simplista. Camilo no era el «ideólogo» de una revolución: era, o creía ser, el jefe, o, por lo menos, uno de los jefes. No se seguían sus ideas: se lo seguía a él.

Y esto planteaba a Camilo un problema de conciencia: ¿hasta dónde podía mezclar sus funciones sacerdotales con las de un conductor político? El problema no era entonces la guerrilla: era la formación de un gran partido político revolucionario, con su órgano de prensa, su respaldo sindical, etcétera.

¿No era lógico dejar las funciones sacerdotales para asumir esta nueva? Aunque parezca mentira a los que solo oyeran hablar del Camilo guerrillero, para él no era esta la solución natural, ni mucho menos. Quería sus funciones sacerdotales (y aun pidió conservar algunas, a pesar de su reducción al estado de laico). Durante toda la mañana se barajaron delante de mí —yo era más bien un espectador benévolo,

tratándose de problemas colombianos— las posibilidades de encontrar otro líder para el movimiento naciente, lo que le hubiera permitido a Camilo seguir, como él lo deseaba, en sus funciones de sacerdote.

¿Ruptura con la Iglesia?

No creo que nadie pueda atacar, en principio, este planteo desde el punto de vista católico. Otra cosa es, claro está, el estar o no de acuerdo con las premisas. Pienso que solo la ignorancia de las situaciones reales dentro de la Iglesia y de la actitud de Camilo pudieron llevar a Adolfo Gilly a escribir que el «quedarse [Camilo en Colombia] era romper con la Iglesia», y que «a partir de su ruptura de hecho con la Iglesia, toda su actividad se centró en la campaña por el Frente Unido del Pueblo» (marcha del 4 de marzo de 1966).

Por supuesto que sus relaciones con el señor cardenal no eran de lo mejor, pero ello no cambia el planteo. Por supuesto también que esas relaciones tirantes aparecen en la interpretación —política— que Camilo hizo ante la prensa de su decisión: la incompreensión de las autoridades eclesíásticas lo llevaban a tomar tal medida y a solicitar ser relevado de sus funciones sacerdotales para dedicarse a la revolución.

No obstante, el permiso obtenido y las declaraciones posteriores de Camilo, como las que el mismo Gilly cita, muestran lo que no es un secreto para ningún católico: la situación de Camilo en el momento de su muerte, o, si se quiere, para no adelantar el problema, en el momento de su incorporación a la guerrilla, era la de cualquier laico cristiano.

Discutida o no, su actitud era la de un laico católico cualquiera que asume su responsabilidad temporal. No se entiende el «caso Camilo» sino en esta perspectiva que fue la suya y que él asumió conscientemente hasta el fin. Este es el primer momento del «caso Camilo», el real. Puestos a imaginar...

Pero este caso tiene otros dos momentos imaginarios. Sabemos que Camilo murió, y no sabemos exactamente cómo. Hay una capa de orden

tan frágil y engañosa que se teme que el solo hecho de narrar su muerte y revelar el sitio de su sepultura la haga saltar.

Obligados a ignorar, solo nos queda el recurso de imaginar. Una versión pretende que Camilo cayó durante una emboscada tendida por los guerrilleros a los soldados, y que fue muerto cuando iba a ultimar a un soldado herido.

Por supuesto que es muy fácil ceder a la tentación de ver en esta versión una mentira de la propaganda oficial. Y digo tentación porque, aunque esa mentira se probara, sería una bonita escapatoria el suponer que la gente como Camilo encuentra siempre en una revolución quien haga por ellos las tareas «sucias» imprescindibles.

Creo que es no conocer a Camilo el pensar que se haya hecho guerrillero con la fantasía de un adolescente, sin asumir la realidad de la guerrilla. Entonces, ¿por qué no plantearnos el problema que él tuvo que plantearse?

En el Uruguay existe, creo, corrientemente, una imagen fantástica de la revolución social: la de una multitud que avanza por una avenida al asalto del Palacio de Gobierno. Todo allí es heroico. Si algunos caen, es en el marco de ese entusiasmo popular. Si algún soldado o policía muere, es bajo la furia del pueblo ante la represión brutal.

Pero la guerrilla real es otra: es la violencia en frío, porque es la violencia programada, hecha situación permanente, hasta la victoria y la paz. Donde la imagen fantástica ponía entusiasmo hay que poner cálculo deliberado. Donde ponía defensa propia hay que poner emboscadas y represalias. Donde ponía fuerzas brutales de represión hay que poner pobres soldados individuales, igualmente proletarios o explotados. Eso fue concretamente lo que eligió Camilo, y, si nos lo imaginamos, como hipótesis, muerto al intentar ultimar a un herido, no le hacemos injuria.

El imaginar otra medida es, por de pronto, un grave error político, porque en el cálculo político está el saber hasta dónde este tipo de violencia estabilizada puede realizar una unidad no ya nacional, sino aun una unidad de las clases proletarias y de la baja clase media en

orden a la revolución nacional. Más de uno se pregunta hoy en América Latina si las circunstancias de la dictadura de Batista no hicieron de Cuba un caso excepcional, o, dicho en otras palabras, hasta qué punto es exportable la Sierra Maestra.

Camilo, ¿el cura del fusil?

En todo caso, Camilo creyó en la victoria de ese tipo de violencia. Y murió probablemente ejercitándola. Dijimos que no era exacta esa figura mítica popular de «el cura Camilo con el fusil en la mano»; el que empuñaba el fusil era un laico cristiano, un cristiano como todos, que eligió esa violencia pensando así liberar su país de otra mayor.

La imagen de «el cura Camilo con el fusil en la mano» es, sin lugar a duda, una imagen política destinada a hacer pensar en un cura «fuera de la Iglesia», es decir, en un sacerdote de esa «nueva Iglesia» que elige la senda de la revolución. No en vano esa imagen es utilizada tanto por la derecha como por la izquierda; la utiliza Gilly y la utilizan los diarios bienpensantes de Bogotá y de Montevideo.

La realidad es otra. Camilo fue un simple cristiano que eligió la causa de la revolución sabiendo lo que había detrás de esta palabra, como lo hicieron también miles de cristianos en Cuba. No rompió con la Iglesia ni fundó una nueva Iglesia, sino que sacó a su entender las consecuencias lógicas de la Iglesia a la que pertenecía. El caso Camilo es justamente la negación muda pero elocuente de toda consideración simplista de la Iglesia y del cristianismo. Y justamente por eso replantea con urgencia el problema de la relación entre revolución —la real— y el mensaje cristiano.

Entre dos violencias

Teóricamente, pues, la posición de Camilo era clara: no ejercía las funciones del sacerdote, sino las de cualquier cristiano. Si eligió la guerrilla y sus violencias, fue por entender que, en una forma, si se quiere legal, la violencia y la injusticia ya existían en su país. No comprende el caso Camilo quien piensa que, en lugar de la paz, eligió

la guerra. Se puede matar a un hombre dentro de un régimen legal con tanta facilidad como con un fusil. Y se lo puede deshonrar, rebajar, explotar, con solo no hacer nada en un régimen así. Y no puede llamarse a eso paz, orden o legalidad, y oponerlo a la violencia. En esos casos, la violencia que se opone a ese orden no es, propiamente hablando, violencia. Se la podría llamar defensa propia, si no fuera, siempre en principio y hablando teóricamente, algo aún más noble: la defensa del indefenso.

Todo eso teóricamente y sin decidir en el caso que a Camilo le tocó decidir. Pero acerquémonos aún más al problema, aproximándonos doblemente a la realidad. Camilo, dijimos, no era en el momento de morir un sacerdote guerrillero. Decir de él que era un exsacerdote se prestaría, por el sentido mismo de la expresión, a producir esa sensación falsa de ruptura que nos impide llegar al auténtico problema. Prescindamos aquí de otra confusión posible: se dice que un sacerdote es sacerdote para siempre; esto no es cierto desde el punto de vista de la función que desempeña en la Iglesia. Aun cuando sea cierto de una realidad interna y teológica, nos vamos a limitar aquí al plano de lo psicológico. En este plano, sí, puede ser cierta la imagen del cura que muere con el fusil en la mano; en el sentido de que ese sacerdocio al que Camilo se preparó durante años, que ejerció también durante años (sinceramente, al lado de sus funciones docentes) y del que solo se separó con dificultad ante la urgencia de la situación colombiana, tuvo que darle, y le dio, una familiaridad más grande que la normal con el pensamiento y la mentalidad que brotan de las fuentes del cristianismo.

Los menesteres de la violencia

Pues bien, acerquémonos ahora al otro aspecto de la realidad. Una cosa es la defensa propia por la que hombres esgrimen sus armas uno frente al otro, y otra es la defensa propia —o ajena— por la que, sabiendo que el otro busca matarnos, nos adelantamos, le ponemos una emboscada y lo matamos a sangre fría. La violencia generalizada de la guerrilla exige este tipo de acción hasta la victoria y la paz. Ya lo dijimos.

Ahora bien, ¿era Camilo capaz de este tipo de acción?; ¿es fortuito el que cayera tan pronto en esa lucha? No interesa, por supuesto, ni el caso psicológico individual de Camilo ni un imposible cálculo de probabilidades; interesa, sí, plantearse el caso de alguien íntimamente ligado con el mensaje cristiano y actuando dentro de esa estructuración de la violencia. Dejemos, pues, de lado el problema de la justificación de la guerrilla en general en casos en que urge, frente a la violencia institucionalizada, una acción revolucionaria. Pero bajemos a sus menesteres concretos.

Que esos menesteres sean «sucios» y tristes, ¿quién lo niega? Que sean inhumanos, ¿qué duda cabe? Que la responsabilidad de ellos caiga principalmente sobre aquellos que los hicieron necesarios es una verdad que admitimos en general, pero que no basta para «limpiar» esos menesteres ante la conciencia del que tiene que ejecutarlos. Por evidentes razones políticas, no se emplearán, para descubrir estos menesteres, palabras como asesinato, traición, tortura, venganza, crueldad, porque la causa final, el bien común, la responsabilidad ajena y la tragedia de todos cubren —siempre en general— con un manto de valor abstracto y de nobleza trágica cada acto, individual y concreto.

Pero, justamente, el hombre real tiene que decidir en frío frente a cada uno de esos actos. Camilo tuvo que hacerlo.

Y ya que estamos «imaginando» un problema real, ¿por qué no seguir imaginando, siempre a título de hipótesis, en lugar de la figura beata de un cura con el fusil en la mano, la otra, más verosímil, de Camilo muriendo porque tardó un segundo más de lo necesario en ultimar a ese herido?

El cristianismo y el proceso revolucionario

Precisamente, estaba hecho para esa tardanza, para esa duda; y estaba hecho así por el mismo mensaje cristiano que conocía como laico y que había enseñado como sacerdote, con el que estaba larga y hondamente familiarizado.

No tendría sentido pretender dar aquí una visión de un conjunto de lo que, en la acción histórica, constituiría el aporte cristiano; pero se podría ensayar, por lo menor, señalando los tres puntos que presentó K. Rahner hace un año en el encuentro en Salzburgo entre cristianos y marxistas:

El cristianismo defiende al hombre de la fiebre que lo impulsa a emprender la realización de sus proyectos de porvenir legítimos con una fuerza brutal pronta a sacrificar cada generación a la generación siguiente...

El cristianismo hace entender por qué un hombre, aun cuando ya no sea capaz de aportar una contribución sensible al advenimiento de un porvenir mejor, conserva su dignidad y su calor intangible.

El cristianismo confiere al trabajo emprendido con miras a ese porvenir terrenal, su seriedad suprema y radical. En efecto, al profesar la unidad del doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo, proclama que ya la relación positiva del hombre al hombre representa... la "salvación del hombre".

Dos cosas me llaman la atención. Una, que, si se sigue la evolución de la revolución en el país donde lleva más tiempo su implantación, en la URSS, se verá que la evolución cumplida desde el momento violento hasta hoy ha seguido durante estos 50 años los vectores señalados por Rahner, por poco que se les quite la referencia explícita al cristianismo. La respuesta del Partido Comunista ruso a los 25 puntos de Mao-Tsé-Tung en 1963, las declaraciones de Jruschov sobre reformas de la Constitución destinadas a llegar plenamente a la etapa de una democracia del proletariado y las peripecias de una mística del trabajo en un país donde la revolución quedó atrás (por lo menos en su elemento nacional, el más inmediato) contienen una relación evidente con los tres puntos señalados por Rahner.

Por supuesto que a cualquiera se le ocurre que el hecho de que se llegue a conclusiones semejantes tiende a probar que no es necesario el cristianismo para orientarse en esa dirección. No obstante, si pensamos que esa evolución se ha hecho, como hasta cierto punto era lógico, improvisando, se puede pensar con fundamento que el haber tenido desde el principio la visión y la aceptación de esos vectores hubiera ahorrado profundas tragedias humanas y mucho camino a la revolución

(por supuesto, en la hipótesis de que el marxismo no haya dicho ya todo lo que es digno de saberse).

¿Dónde está la lógica?

Pero todo el problema consiste, precisamente, en saber si las exigencias últimas de la revolución pueden estar presentes ya en sus comienzos violentos. ¿O la revolución, en su comienzo, es únicamente ese agudo estrangulamiento de la historia por donde solo se logra pasar simplificando y actualizando hasta el extremo la acción hasta llegar a esos menesteres de la violencia de que hablábamos, contando con que llegará más tarde una nueva generación revolucionaria abierta a las nuevas necesidades?

La solución clásica, ya lo sé, consiste en imaginar, en el mismo hombre, un desdoblamiento entre el hoy y el mañana; en imaginar que un hombre que ha puesto su vida toda en hacer llegar aquel porvenir lo pone entre paréntesis para poder ultimar a un herido, lanzar una bomba entre mujeres y niños... Por supuesto que no es eso solo la guerrilla, pero es también eso; y en eso también está el problema. ¿Ese desdoblamiento es real?; ¿se conserva realmente para el futuro lo que hoy se pone entre paréntesis de modo sistemático? Más aún, ¿es posible —moral y psíquicamente— vivir intensa y eficazmente esas dos exigencias?

En otras palabras, ¿existe una obligación lógica de pasar de la justificación moral de la violencia del débil en contra de la violencia injusta, explotadora, inhumana, aunque sea legal, a la justificación moral para uno mismo de cada uno de los procedimientos indispensables para el éxito de esa violencia?

Lo que he pretendido decir aquí con poca esperanza, por otra parte, de ser comprendido, es que esa pretendida lógica no es más que aparente: una simplificación de uno de los más hondos problemas humanos.

Moscú versus Pekín

No es menester ser cristiano para ver el problema. «Según ellos, lo principal es poner fin en el menos tiempo posible al imperialismo, y es una cuestión secundaria la de saber cómo y al precio de qué sacrificios eso se va a obtener. ¿Para quién constituye eso una cuestión secundaria? ¿Para centenares de millones de hombres destinados a la desaparición en caso de guerra nuclear? Nadie, ni siquiera los grandes Estados, tienen el derecho de jugar con los destinos de millones de hombres» (respuesta del P. Comunista de la URSS a los 25 puntos de Mao-Tsé-Tung). Y, ¿a partir de qué unidad, a partir de qué pequeñez de comunidad humana se pueden perder esos escrúpulos y emplear medios que, como la bomba nuclear, «no observan ningún principio de clase»? La eficacia de la violencia hecha táctica estable debe emplear ese tipo de instrumentos. Cuando se está de acuerdo con la justicia de esa violencia, ¿qué cantidad humana o qué pequeñez humana bastará para justificar personalmente el uso de los medios que no van directamente contra los responsables de la injusticia?

Por supuesto, una gran mayoría de hombres no van a experimentar el problema y podrán ejercitar sin dificultades, y aun «sanamente», la violencia necesaria.

Ello no prueba que la conciencia moral de la otra parte sea enfermiza, ni psíquica ni socialmente. Ello prueba que el mundo, aun el actual, no es homogéneo, y que los niveles de conciencia no pueden reducirse simplemente a los intereses de una clase, por más que los demás hagan suyo ese interés.

Quizá nada ilustre mejor esta irreductibilidad, aun dentro del marxismo, como, dentro de la misma polémica entre rusos y chinos, la acusación de estos últimos: ¿no estará juzgando la URSS los problemas de la paz a partir, no de la revolución en general, sino de una posición histórica alcanzada?

Para el cristiano, es evidente que Cristo no dio su mensaje al hombre de las cavernas; el cristianismo fue enunciado a partir de una situación del mundo en evolución. ¿Qué ocurriría, si, moldeado por esa

experiencia, tuviera un hombre que sumergirse de nuevo en la vida de las cavernas?

Ese problema humano, agudo, actual, yo lo veo simbolizado en Camilo, cuando me lo imagino —tal vez sea pura imaginación, pero en el fondo, ¿qué importa?— muriendo por no haber podido practicar esa violencia con el corazón entero. Y pienso que muchos otros, cristianos y no cristianos, lo han acompañado en ese destino.

¿Y si hubiera ganado?

Y la segunda cosa que me llama la atención en los tres puntos de Rahner también podría ser simbolizada en Camilo, aunque tenemos que dejar ese punto para otra ocasión. Imaginemos, ya que estamos imaginando, a Camilo guerrillero en pleno triunfo de la revolución. Imaginemos, aun a riesgo de ignorar el problema que acabamos de plantear, que Camilo hubiera permanecido fiel a su decisión tomada en junio de 1965 de reasumir sus funciones de sacerdote una vez llevada a cabo la revolución. En otras palabras, imaginemos a Camilo sacerdote en la sociedad revolucionaria que él habría ayudado a crear... ¿No hay allí materia para otra serie de preguntas?

Juan Luis Segundo, S. J.

EL LUGAR DONDE CAYÓ CAMILO: PATIO CEMENTO, 15 DE FEBRERO DE 1966

Fotografía: Archivo Oral de Memoria de las Víctimas (Amovi-UIS),
Subfondo Archivo Bolívar Arellano. Autor no identificado



LLEGADA DE CAMILO TORRES AL SOCORRO, 1965

Fotografías: Archivo Oral de Memoria de las Víctimas (Amovi-UIS),
Subfondo Archivo Fotográfico Ángel de Jesús Flórez Dulcey y Mariela
Noriega.



















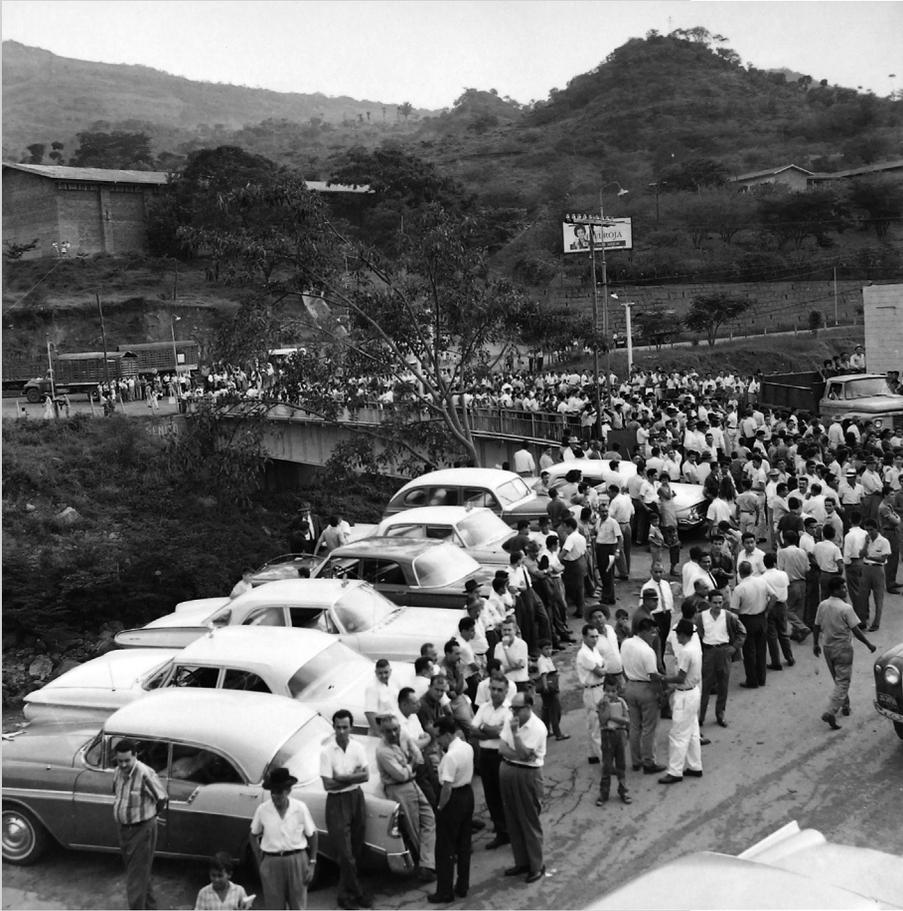


















Veinte siglos después de que el mensaje de Jesús de Nazaret hubiera pasado por modelajes institucionales rígidos y contradictorios, cuando ese mensaje interpela la conciencia de Camilo, caracterizada por una transparencia y una espontaneidad nada comunes, ni en los ámbitos eclesiales ni en los académicos, afloran cuestionamientos y retos que siempre se había querido soslayar. Camilo percibe que el pueblo, siempre marginado, ya no quiere escuchar más señuelos que siempre terminan en frustraciones y engaños, ni quiere confiar ya más en líderes que solo predicán amores contaminados de egoísmos.